

Reseña de Abdennour BENANTAR (ed.) (2021): *Le Maghreb et la crise entre les monarchies du Golfe. Une neutralité positive*, L'Harmattan. Histoire et perspectives Méditerranéennes, Paris.

Said KIRHLANI

Universidad Rey Juan Carlos

said.kirhlani@urjc.es

<https://orcid.org/0000-0002-8796-9003>

Para citar este artículo: Said KIRHLANI (2022), “Reseña de Abdennour BENANTAR (ed.) (2021): *Le Maghreb et la crise entre les monarchies du Golfe. Une neutralité positive*, L’Harmattan, Paris” en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 32, pp. 240-245.

Los estudios sociopolíticos publicados sobre el mundo árabe en la última década se han centrado en su gran mayoría en el análisis de las revueltas antiautoritarias de 2011, conocidas mediáticamente como “primavera árabe”, sus causas y sus consecuencias a nivel local, regional e internacional. No obstante, la presente obra colectiva “*Le Maghreb et la crise entre les monarchies du Golf. Une neutralité positive*”, dirigida por Abdennour Benantar viene para aportar al estudio de esta área una nueva dimensión que parte desde el punto de vista de las relaciones internacionales. La obra se centra en el análisis de los efectos de la crisis entre las monarquías del Golfo (2017-2021) sobre sus relaciones bilaterales con los Estados del Magreb en un contexto de reconfiguración geopolítica regional post “primavera árabe”.

2014 vio cómo empezaban a enquistarse las relaciones en el seno del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) con la llamada “crisis de los embajadores” (retirados de Qatar) provocando el 5 de junio de 2017 una crisis sin precedentes tras la decisión tomada por Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos (EAU) y Bahrein, con el apoyo de Egipto, de romper sus relaciones diplomáticas con Qatar y cerrar su espacio aéreo, marítimo y terrestre para aislarla, so pretexto de apoyo al terrorismo y de desestabilización de la región. Esta crisis diplomática ha sido fruto de la creciente rivalidad por el liderazgo regional tras las insalvables divergencias de estas monarquías sobre las estrategias de gestión de la “primavera árabe” y los nuevos escenarios que acabó dibujando en diferentes países de la zona, especialmente en Túnez, Egipto, Siria, Yemen y sobre todo en Libia.

Qatar, desde el principio, decantó por el apoyo de las revueltas convencida de que el movimiento del islamismo político inspirado en el modelo de los Hermanos Musulmanes no solamente constituye una fuerza política que no se puede ignorar, sino que está llamado a jugar un papel preponderante en el mundo árabe post 2011. De ahí su apoyo a su experiencia en el poder tanto en Egipto como en Túnez entre 2012 y 2014. Arabia Saudí y EAU, a cambio, su objetivo ha sido impedir el acceso al poder en todos los escenarios de la “primavera árabe” a este movimiento considerado como una fuerza política asimilada al terrorismo y principal enemigo en el plano político-ideológico interior.

Más allá de la rivalidad entre estas dos tesis, la década post primavera árabe desveló la creciente influencia de las monarquías del Golfo en toda la escena árabe, incluida la región del Magreb y del Sahel. Mediante estudios de caso, el presente libro intenta dar respuestas a muchas preguntas esenciales sobre la reconfiguración de la escena árabe a partir de 2011, el nuevo estatus de las monarquías del Golfo y los efectos de su crisis regional sobre los países del Magreb y del Sahel. El libro está compuesto por una introducción, una conclusión y nueve capítulos más, dedicados a la crisis de los países del Golfo, a la autonomía de los países del Magreb, y a los casos concretos de las relaciones bilaterales de las monarquías del Golfo con Marruecos, Argelia, Túnez, Libia, Mauritania y la zona Sahelo-Sahariana.

En su introducción de la obra, Abdennour Benantar analiza el proceso de la reconfiguración regional del orden geopolítico árabe que empezó tras la efervescencia de las revueltas populares de 2011 y que tuvo, según el autor, tres consecuencias capitales: la afirmación de la gran influencia de las monarquías del Golfo en el resto del mundo árabe; el vacío que dejaron en la escena árabe las potencias tradicionales (Siria, Irak y Egipto) y la transformación de ciertas monarquías de vector de radicalización regional a vector de polarización. El mundo árabe, según su análisis, ha conocido una nueva fractura entre las monarquías del Golfo y el resto de los países árabes gracias a su injerencia en los países que han experimentado revueltas. Un intervencionismo que se manifestó en cuatro formas: militar directo (Bahréin, Libia y Yemen); militar indirecto (Libia post-Gaddafi y Siria); político directo (apoyo político y financiero al golpe de estado en Egipto y en Sudan); político indirecto (Túnez).

En el capítulo de *“La crise entre les pays du Golfe et ses impacts”*, Fatiha Dazi-Heni explica cómo la crisis entre las monarquías del Golfo se produjo a partir de una guerra de informaciones desatada por una operación de pirateo del portal de la agencia de prensa oficial qatarí (QNA) y la desnaturalización de extractos de un discurso del emir qatarí, el jeque Tamim, para acusar a Qatar de apoyar al terrorismo en la región y de aliarse con sus peores enemigos: Irán, Hamas y Hizboláh. La autora también explica cómo las rivalidades entre las dinastías reinantes en el Golfo están marcadas, desde el acceso de una nueva generación de emires/gobernantes, por la personalización de los poderes monárquicos y cómo en el contexto de la década de las revueltas árabes se convirtió en bipolarización ideológica dentro del CCG y una lucha por ganar el apoyo de los Estados Unidos.

Por su parte, Abdennour Benantar nos vuelve a recordar, en su capítulo *“Autonomie maghrébine et limites de l’influence des monarchies du Golfe: les ressorts d’une neutralité positive”*, cómo las relaciones entre los países del Magreb y las monarquías del golfo que han conocido durante los últimos 20 años un desarrollo notable en diferentes niveles, se han marcado en la última década por las tensiones debido a la injerencia político-militar de algunas de estas monarquías en sus asuntos internos, especialmente en Libia, que se esconde detrás de las inversiones y las ayudas

económicas utilizadas como herramientas de influencia. No sólo la injerencia político-militar, los factores de perturbación de estas relaciones, según Benantar, están relacionados también con las batallas de carácter religioso-confesional: “clivaje sunní-chí” y clivaje “sunni-sunni” (wahabismo vs Hermanos musulmanes).

A pesar de este poderoso instrumento de diplomacia económica que utilizan las monarquías del Golfo para penetrar cada vez más en la zona del Magreb, Argelia, Marrueco y Túnez han podido mantener una política exterior de neutralidad positiva, especialmente durante la última crisis del Golfo.

En el caso concreto de Marruecos, Miguel Hernando de Larramendi y David Hernández, en su capítulo *“La ‘neutralité positive’ du Maroc face au blocus contre le Qatar: une stratégie réussie”* resaltaron el histórico respaldo político y económico de los 6 países del CCG a la monarquía marroquí, especialmente en el conflicto del Sáhara Occidental. La diplomacia marroquí, por su parte, se ha esforzado desde el inicio de las “primaveras árabes” en mantener sus relaciones equilibradas con todos estos países preservando su autonomía y un margen de maniobra. Así, ante la crisis de 2017, Marruecos mantuvo su posición de “neutralidad positiva”. Una decisión que enfrió sus relaciones con Arabia Saudí y EAU, sin que ello comprometiera su apoyo a sus tesis sobre el contencioso del Sahara Occidental. Eso sí, la negativa de tomar partida en las tensiones intrarregionales no significa quedarse al margen de las iniciativas y de las operaciones que afectan la seguridad del Golfo en su conjunto. En 2015, Marruecos participó en la coalición internacional dirigida por Arabia Saudí y EAU, que integraba también a Qatar, en su intervención militar en Yemen. También, propuso su mediación en la crisis de los embajadores en 2014 (retirados de Qatar) y en la guerra civil en Libia.

En cuanto a Argelia, sus relaciones con las monarquías del Golfo, según el análisis de Cherif Dris *“L’Algérie face à la crise entre les monarchies du Golfe: déterminants d’une position ‘équilibrée’”* pasaban históricamente por altibajos y se parecían a “dientes de la sierra”. No obstante, las revueltas de “la primavera árabe” y, especialmente, el caso de Libia, provocaron un ambiente de tensión entre Argelia y dichas monarquías. Argelia abogaba por una solución política rechazando cualquier intervención militar extranjera, mientras Qatar, EAU y Arabia Saudí presionaban para el derrocamiento del régimen de Gaddafi. No obstante, ante la última crisis de estas monarquías entre 2017 y 2021, Argelia, al igual que Marruecos, adoptó una postura de neutralidad positiva, aunque su equidistancia con los protagonistas de la crisis fue más favorable a Qatar que a sus adversarios sin llegar a un apoyo explícito, ya que los dos países mantenían posturas cercanas en cuanto a la gestión de la crisis de Libia; a la posición *vis a vis* los Hermanos musulmanes en Egipto; a la cuestión palestina en cuanto al apoyo a Hamas y al dossier nuclear de Irán. Todo lo contrario de las posturas de las otras monarquías del CCG, especialmente Arabia Saudí y EAU. Argelia y Qatar, también mantienen posturas coordinadas en el marco económico, especialmente en el seno de la OPEP.

El capítulo *“La Tunisie face à la crise entre les monarchies du Golfe”* escrito por Youssef Cherif nos explica cómo Túnez, país donde se prendió la mecha de la primavera árabe en 2011, vivió su particular proceso de transición política (2011-2014), bajo la presidencia de la república del militante de los derechos humanos Moncef Marzouki y un gobierno conducido por el partido islamista de la Nahda, recibió todos los apoyos necesarios de Qatar y Turquía, principales aliados del islamismo político en la zona. También nos explica cómo tras mostrar en septiembre de 2013 su apoyo al presidente egipcio depuesto Mohamed Morsi, sus relaciones empeoraron mucho con Arabia Saudí, que había acogido al expresidente tunecino, el fugado Ben Ali y su familia, y, especialmente, con EAU, cuyos medios de comunicación no veían con buenos ojos su acercamiento con el eje Qatar-Turquía y consideraban su proceso de transición un caos. No obstante, en enero de 2014, la llegada del gobierno de tecnócratas y más tarde las victorias electorales de Beji Caid Essebsi

y el partido Nidaa Túnez, de orientación ideológica secularista, fueron motivo de una renovación de las relaciones con el eje saudí-emiratí. Este nuevo escenario llevó a Qatar a forzar una alianza Nahda-Nidaa Túnez para preservar su posición en el país consolidando la bipolaridad de la escena política tunecina debido a las diferencias ideológicas internas: Nidaa Tounes que opta por aliarse con el eje saudí-emiratí y el partido Nahda por el eje qatarí-turco.

Ante la crisis de 2017 entre las monarquías del Golfo, Túnez, debido a la fragilidad de su proceso de transición, adoptó, al igual que sus dos vecinos, Marruecos y Argelia, una postura de “neutralidad positiva” con propuestas tímidas de mediación entre las diferentes partes. Con esta postura Túnez logró esquivar el embrollo de la crisis del Golfo sin muchas pérdidas, es más marcando puntos en vistas del desarrollo de las relaciones con Arabia Saudí y Qatar, aunque durante este tiempo no desaparecieron las tensiones entre el partido de la Nahda y el eje saudí-emiratí especialmente tras las acusaciones al príncipe heredero de Arabia Saudí por el asesinato del periodista Jamal Khashoggi.

El caso de Libia, como nos explica Saïd Haddad en su análisis, *“Les monarchies du Golfe et le conflit libyen”*, es totalmente diferente. La enemistad común de las monarquías árabes del Golfo con Muammar Gaddafi y su régimen los llevó a apoyar la intervención internacional de 2011. El CCG participó desde el primer día en la internacionalización de la crisis en Libia y su militarización que llevó a la caída de la Jamahiriyya de Gaddafi. Qatar fue el primer país en reconocer al Consejo Nacional de Transición libio (CNT); formó también parte del Grupo de contacto sobre Libia encargado del pilotaje político de la intervención de la OTAN; y con EAU, fueron los dos únicos países árabes que participaron en la intervención militar en Libia.

El autor nos explica cómo la fragmentación política en Libia tras la caída del régimen de Gaddafi constituyó una oportunidad para estas nuevas potencias regionales, especialmente EAU y Qatar, que van a alimentar la polarización político-ideológica del país: Qatar apoyando a la oposición islamista del régimen de Gaddafi y EAU al sector secular del CNT. Después de un período electoral que no ha podido contribuir a establecer la estabilidad en el país, estalló un enfrentamiento militar entre las fuerzas del mariscal jubilado, Khalifa Haftar, antiguo gaddafista que lanzó, el 16 de mayo de 2014, desde Bengasí una ofensiva contra el Gobierno de Fayed Serray y sus aliados islamistas. Su operación fue contratada el 23 de agosto por otra coalición de milicias que tomó Trípoli y obligó a la retirada del gobierno a la ciudad de Tobruk. Entonces, Libia se encontró desde la segunda mitad de 2014 con dos gobiernos y dos parlamentos, el de Trípoli, apoyado por Qatar y el de Baïda y de Tobruk apoyado por Arabia Saudí y EAU.

A pesar de la firma, desde el 17 de diciembre de 2015 en Skhirat (Marruecos) bajo el paraguas de la ONU, del acuerdo político libio con el objetivo de poner fin a la bipolarización política del país y a la fragmentación securitaria, las líneas de fractura persisten entre las tres monarquías del Golfo sobre el futuro de Libia, especialmente desde la retirada de los americanos y la impotencia europea. El interés de las monarquías del Golfo descansa también en factores económicos. Teniendo en cuenta sus recursos energéticos y sus necesidades en términos de reconstrucción, Libia ocupa un lugar particular en la política económica de dichos países, de modo que su injerencia se ha empleado en el ámbito militar, económico, ideológico, diplomático e informacional que se traduce en el apoyo a las diferentes milicias y grupos armados libios. No olvidemos que el apoyo de EAU y Egipto permitió al autoproclamado Ejército Nacional Libio, comandado por Haftar llevar a cabo su ofensiva de abril de 2019 sobre Trípoli que marcó una nueva etapa en el conflicto libio. Más allá de los países del

Golfo, este nuevo episodio dio argumentos tanto a Rusia como Turquía para implicarse en esta guerra por procuración. Lo que provocó, como nos explica Haddad, la buena acogida de los miembros del CCG del alto el fuego permanente del 23 de octubre de 2020, que ha marcado una nueva etapa en la política libia de los países del Golfo, contrariados al activismo político-militar turco y ruso.

Otro caso distinto es el de Mauritania que según el análisis de Benjamin Augé, *“Relations Mauritanie-pays du Golfe: alignement et contradictions”*, su política exterior ha actuado muy diferente a la de los demás países del Magreb. En una postura desafiante a las monarquías del Golfo, Mauritania se opuso a la intervención militar en Libia de marzo de 2011 y a los intentos de la puesta en marcha de un nuevo régimen en Siria. Es más, pese a las presiones de EAU y de Arabia Saudí sobre los países de la Liga Árabe, el gobierno mauritano nunca había cortado sus relaciones con el presidente sirio Bashar Assad. Su expresidente, Mohamed Ouedd Abdel Aziz, fue el único jefe de Estado árabe, que ha visitado Siria (en enero de 2019) desde el inicio de la crisis política en este país, después del presidente sudanés Omar Bachir que lo hizo en diciembre de 2018. En cuanto a su relación con Irán, Mauritania está lejos de estar alineada con el eje saudí-emiratí ya que desde 2010 alberga una embajada iraní en su suelo. Su relación con Irán demuestra una cierta independencia de Arabia y EAU que no han parado de ejercer fuertes presiones sobre la mayoría de los países árabes con el fin de romper sus relaciones con Irán.

No obstante, en cuanto a la crisis entre las monarquías del Golfo, Mauritania, que había participado en la guerra del CCG contra las milicias hutíes en Yemen desde 2015, respaldó firmemente el boicot saudí-emiratí contra Qatar, lanzado el 5 de junio de 2017. Junto con el Chad de Dris Deby, Mauritania fue la punta de lanza de la campaña de boicot anti-Qatar en África que se encargó de convencer a los países del Sahel de tomar decisiones similares. También defendió ferozmente a Arabia Saudí de las acusaciones por el asesinato de Khashoggi en el 2 de octubre de 2018. Este alineamiento se puede explicar, según el autor, por las ayudas e inversiones financiadas por las monarquías del Golfo en los últimos años en Mauritania cuando Qatar está teniendo serias dudas en cuanto a la implementación de una política exterior eficaz en el continente africano especialmente en materia económica.

El capítulo *“Projection de la dissension: le Golfe dans les crises sahélo-saharienne”* de Salim Chena se centra en el alcance de la creciente influencia de las monarquías del Golfo en los países de la zona del Sahel y el Sáhara, especialmente, Chad, Níger, Malí y Senegal, más que en la política exterior de éstos hacia dichas monarquías. El autor indaga en el proceso de exportación de la inestabilidad político-ideológica desde el Golfo hacia el espacio saheliano-sahariano, cuyos Estados comparten graves debilidades en la imposición de la soberanía de sus poderes centrales. Un ejemplo que nos aporta es el de la intervención de las monarquías del Golfo en Libia y la posterior crisis político-securitaria en la zona que fue aprovechada por ciertas tribus rebeldes al sur de Libia para hacerse con el control del territorio y las rutas del gran Sáhara y para desestabilizar al régimen de Dris Deby en Chad.

El autor nos explica también cómo las monarquías del Golfo, especialmente Qatar y Arabia Saudí, llevan a cabo su penetración en la zona a través de la rivalidad teológico-política por el liderazgo en el seno del mundo islámico entre un islamismo político, según el modelo de los Hermanos Musulmanes, y el salafismo wahabí.

Qatar, por una parte, lo ejerce a través de la financiación de grupos islamistas, que dio pie a la afloración de grupos radicales que llegan a deslegitimar incluso a los actores religiosos tradicionales, aprovechando de un nuevo contexto socioeconómico y político crítico con los poderes en pie. Por otra parte, Arabia Saudí ejerce en la zona un *soft power* teológico-político a través de la enseñanza

y la economía en forma de financiación de becas de estudios en las universidades saudíes y la construcción y financiación de escuelas religiosas marcadas por esta concepción del islam. Una expansión que enfrenta, según el autor, las tradiciones milenarias de la escuela jurisprudencial malikí y del sufismo, con un islam rigorista de la escuela hanbalí en su versión activista más reciente, el “madjalismo”. El enfrentamiento de estos dos modelos de activismo religioso ha obligado de facto a los países del Magreb y de la África del Oeste a implicarse en esta “lucha teológica” protegiendo y financiando al institucionalismo malekí y a las cofradías y zagüías afines, especialmente la tiyanía a través de la acción de una diplomacia religiosa liderada por Marruecos, cuyo Instituto Mohamed VI de Rabat se presenta como defensor de un islam magrebo-sahelí, contra la influencia del wahabismo saudí, e incluso del shiísmo iraní y su influencia a través del canal de Hizboláh sobre la diáspora libanesa en esta zona de África.

A modo de conclusión la presente obra colectiva nos demuestra cómo los tres principales países del Magreb (Marruecos, Argelia y Túnez) han podido esquivar los efectos de la crisis del Golfo adoptando una diplomacia de neutralidad positiva. Marruecos porque necesita el apoyo de todos los protagonistas de la crisis en el dossier del Sáhara occidental y Túnez para preservar su frágil transición de las polarizaciones político-ideológicas. Argelia, en este contexto parece disponer de más margen de maniobra, estando un país rentista y no depende financieramente de los países del Golfo. A pesar del equilibrio delicado y precario, estos tres países han demostrado una autonomía estratégica para con los protagonistas de la crisis del golfo han confirmado que la influencia de las monarquías del Golfo en el Magreb sigue siendo limitada. Por otra parte, si los tres países han podido quedar a equidistancia de los protagonistas de la crisis del Golfo, Mauritania y la zona este de Libia, a cambio, se han inclinado por el bando de Arabia Saudí y sus aliados. En el caso de Libia, el país del Magreb más afectado por las consecuencias de la primavera árabe, y en menor medida los países de la zona del Sahel y del Sáhara, éstos fueron el escenario de mayor intervención de estas nuevas potencias árabes. Las principales monarquías del golfo aprovecharon la inestabilidad de estos países para ejercer una mayor penetración política, militar, económica e incluso ideológica que acabó, debido a la rivalidad que mantienen, derivando en una bipolarización de los actores políticos, militares y religiosos locales.